

MIRIAM BEAMONTE ARBUÉS

A unos cuatro kilómetros de la localidad turolense de Estercuel, en el valle recorrido por el río del mismo nombre, afluente del Escuriza, se alza una de las construcciones más sorprendentes de toda nuestra geografía aragonesa: el monasterio del Olivar, declarado Monumento Histórico-Artístico en 1982.

La tradición

Los orígenes del monasterio se remontan a la Edad Media, allá por el siglo XIII, cuando un joven pastor, Pedro Novés, observó la aparición milagrosa de una imagen de la Virgen sobre un olivo. Otros historiadores hablan del hallazgo de una talla de la Virgen, posiblemente de época visigótica, enterrada debido a la dominación musulmana y encontrada por el pastor.

Sea como fuere, se dio noticia del suceso a don Gil de Atrosillo, propietario del olivar en el que apareció la imagen. Se decidió construir una pequeña ermita que rodease el santo olivo y protegiese la imagen para poder venerarla. Desde entonces comenzaron a llamarla la Virgen del Olivar.

Don Gil había luchado durante largos años junto al rey Jaime I el Conquistador, quien, parece ser que en 1260, le concedió el título de señor de Estercuel, Gargallo y Cañizar en reconocimiento por sus servicios al reino en diferentes campañas bélicas en Aragón, Valencia y Cataluña. La relación personal entre la familia de los Atrosillo y el rey era, por lo tanto, próxima y cercana, lo que nos permite comprender que don Gil le comunicara rápidamente la aparición mariana. Parece ser que fue el propio rey quien propuso que fuera la Orden de la Merced la que fundara en el lugar un monasterio para rendir culto a la Virgen. En 1258 los mercedarios ya estaban establecidos en el lugar. Sabemos que don Gil cedió a la orden la ermita, la casa de campo, el olivar y otras tierras circundantes. En 1260



Vista general del monasterio del Olivar (Estercuel), que aúna construcciones de los siglos XIV a XVII

amplió la donación, incluyendo las casas que tenía en la villa de Estercuel, un molino harinero, una viña, un horno y un huerto. Les otorgó a los religiosos la facultad para cortar madera en todo el término, cedió el libre uso de montes, hierbas y aguas, y dos bueyes con sus arreos para la labranza, cien ovejas y otros animales. Como testigo de tan generosas donaciones se presentó el maestre general de la Orden, fray Guillermo de Bas.

El monasterio

Se trata de un complejo conjunto monacal compuesto por diversos edificios. En todos ellos se yuxtaponen varios estilos arquitectónicos que corresponden a diversas fases constructivas.

La primitiva ermita coincidiría aproximadamente con el lugar en el que hoy se sitúa el ábside de la iglesia. Tras la llegada de los monjes, en un primer momento, estos debieron utilizar los edificios preexistentes, aunque pronto se vio la necesidad de una ampliación, construyendo su morada en la parte alta de la plaza.

Ya en el siglo XIV se amplía el monasterio con una nueva iglesia y convento. De aquellas edificaciones góticas se conserva solo el pozo cilíndrico y las losas que lo rodean. Está situado en la plaza, espacio que se corresponde con el patio del primitivo convento.

El edificio situado a mano izquierda es el antiguo albergue de peregrinos que debió construirse a la par que el resto del convento, cuando el entonces arzobispo de Zaragoza, Juan Cebrián, propuso la creación de una gran plaza delante del recinto monacal y el cierre con un muro exterior sobre el que campea su propio escudo.

La iglesia

La iglesia actual es un edificio del siglo XVI de estilo gótico-renacentista. Es una obra ecléctica tanto en el exterior como en el interior y un claro reflejo de la época de transición en que fue concebida. Es una iglesia de una sola nave de tres tramos, con dos capillas a cada lado, cubierta con bóvedas de crucería estrellada, con coro alto y torre a los pies.

Su edificación se desarrolló en tres etapas constructivas que se corresponden con los mandatos en el convento de tres comendadores con una gran sensibilidad artística y religiosa.

- Bajo la iniciativa de fray Jaime Lorenz de la Mata se comienza la cabecera, se construye el ábside y las primeras capillas hasta la zona del presbiterio (1512-1547).
- Con fray Pedro Xalón continúa la fábrica del edificio hasta los pies (1547-1561).
- Fray Juan Durango ordena levantar la portada y el atrio y se construyen los contrafuertes de piedra que rodean el templo (1595-1603).

Interior

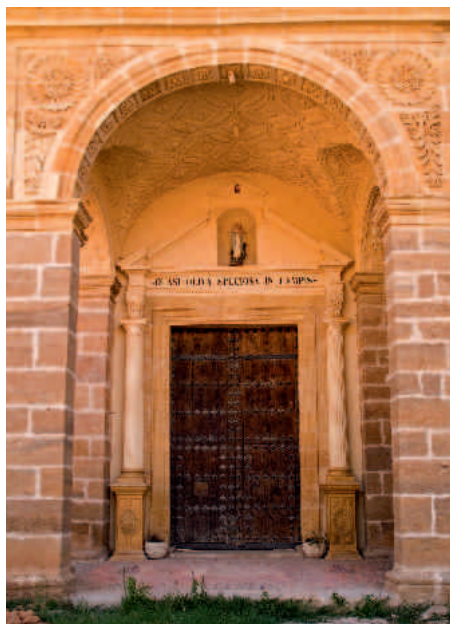
El acceso a la iglesia se realiza a través de un **atrio** que protege la sencilla fachada compuesta con elementos clásicos: dos columnas sostienen un entablamento y un frontón partido que acoge una hornacina. Pedro de Luna, que en numerosas ocasiones estuvo alojado en el convento, definía así el atrio:

El atrio de la iglesia es de piedra labrada, de color natural, con muy buenas molduras, así en su espacio como en su cornisa.

El piso es de piedra menuda, con labores y unas bandas o cintas de losas, el techo es una bóveda con florones de yeso dorados y esmaltados. Las puertas son muy capaces con muy buena y curiosa clavazón. Sobre ellas hay un nicho y en él una imagen de Nuestra Señora de Escultura dorada y esmaltada, dos ángeles de pintura a los dos lados del nicho como inclinados, con dos ramas de Oliva en la mano y en la plano de la cornisa *QVASI OLIVA SPECIOSA IN CAMPIS*.

La última inscripción, «Como oliva hermosa en los campos», es una letanía de la Virgen.

Al cruzar la puerta de acceso nos encontramos en una espaciosa construcción de mampostería y ladrillo, cubierta con una bóveda estrellada típica del gótico aragonés, pero con elementos renacentistas como el arco rebajado del coro o las decoraciones de las claves de las bóvedas, decoradas con grutescos, rosetones, guirnaldas y motivos de raigambre italianizante. En el coro alto sabemos que había una soberbia sillería que hoy no se conserva.



Atrio y portada de la iglesia del monasterio

Lo que está claro es que en esta iglesia el motivo principal se encuentra en el ábside y es la imagen de la Virgen. Uno siente la clara direccionalidad hacia ese punto. Mientras avanzamos por la única nave podemos ver las dos capillas abiertas en cada lado dedicadas al Sagrado Corazón, la Virgen de la Merced. Santa María de Cervellón y San Pedro Nolasco, aunque antiguamente tuvieron otras advocaciones.

En el **presbiterio** las nervaduras de la bóveda se complican y recargan, anunciando la llegada al ábside. En este punto se abre en el suelo el acceso, protegido con una puerta de dos hojas, a una cripta situada bajo el altar mayor. Se trata de una pequeña cripta-panteón en la que están enterrados algunos de los principales protectores y mecenas del monasterio como los marqueses de Lazán, parientes del famoso general Palafox. El presbiterio se ha ido modificando con el paso del tiempo, porque hubo dos tramos de escalera a los lados para acceder al altar que hoy no se conservan.

El ábside albergaba un retablo barroco probablemente tallado y sobredorado, dedicado a santos mercedarios, de gran valor artístico y que protegía el olivo y la talla de la Virgen. Realizado por fray Pedro Puey en el siglo XVIII fue quemado en 1936. En su lugar se levantó el actual retablo, una obra en yeso con un escudo de la Orden en la parte alta y cuatro grandes escenas que representan el Martirio de San Serapio, San Ramón Nonato recibiendo el capelo cardenalicio, la Virgen del Olivar y el propio San Pedro Nolasco. Estas imágenes rodean el camarín que acoge la imagen de la Virgen del Olivar.

Junto al altar mayor, un nicho abierto en el muro y protegido por una reja alberga los restos de Pedro Novés, don Gil de Atrosillo y fray Mateo Lana, religioso en el convento durante el siglo XVI.

Desde el presbiterio se accede a la sacristía y a un panteón. Este sencillo cementerio de los religiosos está presidido por la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Está cubierto con una doble bóveda vaída y fue construido por fray Juan Herrero en 1709.

También desde aquí se puede acceder al **camarín de la Virgen** que alberga la imagen de la Virgen del Olivar, cuyo cuerpo es una reproducción de la imagen que fue quemada durante la Guerra Civil. Se realizó esta copia en 1956, en los talleres Navarro de Zaragoza. Sin embargo, la cabeza es obra del escultor Pablo Serrano, oriundo de la cercana localidad de Crivillén.

Don Pedro de Luna conoció y vio la imagen original en el siglo XVIII y la describe de la siguiente manera:

Es de estatura perfecta porque aun con estar sentada, tiene de altura siete palmos menos dos dedos y he de advertir que vestida con los Mantos de Seda que se le mudan a tiempos parece a la vista que está en pie. No se alcanza la materia de que se labró, pero en el color y firmeza parece de ciprés y lo más probable de oliva,

y se puede juzgar de materia incorruptible, o que milagrosamente se conserva, pues después de casi cinco siglos que se venera en el Olivo y otros muchos que estuvo sepultada y oculta, que fue, como creemos, desde el tiempo de los Godos, no solo no se le conoce carcoma alguna sino que está la madera por las zonas que se alcanza a ver con tanto lustre, peso y solidez como si ahora el artífice acabara de dar la última mano.

En la sacristía destaca un **armario** de gran tamaño, del siglo XVII, realizado con maderas nobles de muy buena calidad y en el que luce el escudo de fray Juan Cebrián, uno de los más importantes benefactores de la construcción del convento, y el de otro fraile de la Orden mercedaria. En su interior, se encuentran dos pinturas que representan escenas de la vida de San Ramón Nonato. Toda la decoración pudo ser obra del pintor Agustín Leonardo de Argensola en 1629, también mercedario.

La decoración pictórica que hoy se ve en la iglesia fue realizada en la restauración del siglo XIX, datada por el escudo del papa León XIII en 1886. Se representan apóstoles en la zona alta de las ventanas, angelotes a los lados de las capillas y otros motivos florales.

Exterior

El edificio muestra al exterior una apariencia ecléctica pero sobria, que combina el uso predominante de la mampostería y el ladrillo en los muros de la iglesia y la torre, y los sillares de piedra en esquinas y contrafuertes.

El ábside y los aleros que recorren todo el templo remiten a un lenguaje mudéjar que pervive con mucha fuerza en estas tierras turolenses durante el siglo XVI. Son decoraciones sencillas a base de ladrillos de distintos tamaños, dispuestos en esquinilla o en forma de aspa, componiendo franjas continuas de ornamentación sobria y monocroma.

Parte de los muros y el alero, así como algunas de las ventanas, se cubrieron y cegaron con diversas construcciones durante los siglos XVII y XVIII, aunque las recientes restauraciones han sacado de nuevo a la luz los muros originales eliminando añadidos posteriores. En la fachada, sobre el atrio, se abre un ventanal de forma cuadrangular que sustituye a un óculo anterior.



La tradición mudéjar pervive en el alero de la iglesia

El convento

El convento actual se comenzó a construir en 1627 y en unos cinco años las obras se dieron por finalizadas. Esta reforma, que sustituía al edificio del siglo XIV, se hizo gracias al mercedario Juan Cebrián que enriqueció el recinto y patrocinó la obra.

Las dependencias conventuales se disponen en torno a un claustro con un patio central. Está adosado al lado de la Epístola de la iglesia y tiene dos pisos.

Claustro bajo

Sin duda, la parte más emblemática de todo el conjunto, llama la atención por su clasicismo y amplitud espacial. Está constituido por dos crujías de ancho en cada ala, separadas por veinte pilares cruciformes, sobre los que apean bóvedas de cañón separadas mediante arcos fajones.

La crujía exterior es la más estrecha y la decoración de las bóvedas que la cubren más sencilla, puesto que consiste en simples molduras lisas de yeso. Sin embargo, el conjunto de bóvedas de la crujía interior llama la atención por su profusa decoración con casetones y figuras geométricas. Las cúpulas de las esquinas presentan una ornamentación aún más recargada.

En la época en la que se edificó, el conjunto tendría un aspecto mucho más solemne puesto que los muros estaban cubiertos con numerosos cuadros de temática religiosa pintados por Agustín Leonardo de Argensola.

Dependencias

En torno al claustro bajo se organizan las principales dependencias comunitarias. En el acceso al recinto se encuentra la portería y, en el lado contiguo, una escalera monumental decorada con cerámica que conduce al piso superior, rematada por una cúpula que cierra la caja de escaleras. En el rellano podemos ver la imagen de la Virgen que presidió el altar mayor de la iglesia tras la Guerra Civil.

Pasada la escalera, se sitúa la sala capitular, una de las dependencias más importantes y que recibe por ello una especial ornamentación. En su puerta encontramos de nuevo el escudo del padre Juan Cebrián, y la bóveda interior está decorada con yeserías que repiten los mismos motivos del claustro. Esta sala también ha albergado la biblioteca o librería en distintas épocas.

En el ala este encontramos el refectorio o comedor y, a su lado, la sala de profundis, que recibía ese nombre porque en ella los religiosos, antes de comer y cenar, rezaban por el eterno descanso de los hermanos difuntos el salmo así llamado.

Claustro alto

Tiene estructura adintelada y se cubre con la tradicional bovedilla sobre vigas de madera. Las celdas se disponen a su alrededor y, desde la última restauración, las habitaciones de la «hospedería conventual». En los muros podemos observar una serie de retratos de mártires y religiosos mercedarios realizados por Natividad y Alejandro

Página siguiente:

Claustro conventual del monasterio del Olivar (siglo XVII)





Sobriedad y solidez dominan en el aspecto exterior del conjunto conventual

Cañada, pintores naturales de Oliete. Desde el ala oeste se accede también al coro de la iglesia.

Patio

Se trata de un patio interior descubierta. Su fachada interna está prácticamente realizada en ladrillo con cierto sabor mudéjar. En el claustro alto hay doce ventanas ajimezadas mientras que los óculos y ventanas que hoy observamos en el claustro bajo sustituyen los ventanales originales que fueron tapiados.

De la exclaustación a nuestros días

Si hasta el siglo XVIII podemos hablar de la construcción del monasterio, el siglo XIX marca un punto y aparte en su devenir histórico.

En 1811, el decreto del cierre de conventos ordenado por el gobierno de José Bonaparte obligó a sus 23 religiosos a abandonarlo. En 1814 comenzaron a volver y a intentar restaurar poco a poco la vitalidad previa.

No obstante, un suceso vendría a truncar esta recuperación. La desamortización de Mendizábal, en 1835, obligó de nuevo a los religiosos a salir del monasterio del Olivar y todo el patrimonio del monasterio se sacó a pública subasta. La Orden tuvo que abandonar España debido al decreto de expulsión y se refugió en América.

En 1878, tras las conversaciones con los dueños del convento en este periodo, los marqueses de Lazán, se restablece la comunidad mercedaria en el lugar, siendo este el primer convento de la orden en España en hacerlo. Volvieron algunos de los monjes exclaustados y se recurrió a novicios, algunos extranjeros, para reanudar la vida en el monasterio.

Durante cierto tiempo reinó la calma hasta que los convulsos años treinta trajeron de nuevo la inquietud. En 1936 residían en el convento unos cincuenta mercedarios. El estallido de la guerra civil y el peligro inminente obligó a los religiosos a dejar el monasterio. Así lo hicieron aunque varios fueron asesinados en su huida. La guerra civil supuso la pérdida irreparable de prácticamente todo el patrimonio artístico y cultural del Olivar, así como el deterioro de la estructura de las edificaciones. El fuego y los saqueos acabaron con los retablos, objetos de culto, cuadros y demás pertenencias del mismo.

Tras el regreso de los mercedarios en 1938 se acondicionaron las estancias imprescindibles y no sería hasta décadas después que se planteó la necesidad de restaurar todo el edificio.

La restauración que aún hoy se está llevando a cabo en la iglesia, ha reparado tejados y solerías, ha liberado la iglesia de construcciones adosadas en distintas épocas y ha renovado las dependencias monacales. El monasterio del Olivar ha conseguido de esta manera recuperar su antiguo esplendor, aprovechando su condición de santuario, al que anualmente acuden los pueblos vecinos, y su privilegiado entorno natural para acondicionar una «hospedería monástica» que ha dado nueva vitalidad al lugar.



Vista actual del patio claustral restaurado

Bibliografía

- ALTABA ESCORIHUELA, José, *El monasterio del Olivar y pueblos aledaños*, Alcorisa (Teruel), 1979.
- BENITO MARTÍN, Félix, *Patrimonio Histórico de Aragón. Inventario arquitectónico: Teruel*, vol. II, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1991.
- BRAVO Y GALLEGOS, Guillermo, *Historia de la Aparición de la Sagrada Imagen de Nuestra Señora del Olivar, de Su Santuario y Convento, anexo a los términos de la villa de Esterquel*, Imprenta Mariana, Lérida, 1892.
- LUNA, Pedro de, *Breve relación historial, panegyrica y doctrinal de la Aparición de Nuestra Señora del Olivar, fundación y aumentos de su convento*, Herederos de Manuel Román, Zaragoza, 1723.
- MILLÁN RUBIO, J., *Santa María del Olivar: santuario, monasterio, corazón de su comarca*, Instituto Histórico Padre Galluza, Elche, 1997.
- SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago, *Inventario artístico de Teruel y su provincia*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1974.
- VV. AA., *Monasterio de Santa María de El Olivar*, Comunidad Mercedaria de Santa María de El Olivar, Esterquel (Teruel), 2000.
- VV. AA., *Inventario del patrimonio artístico de España. Provincia de Teruel*, Ministerio de Cultura y Delegación Provincial de Teruel, Teruel, 1980.

